

UTILIDAD PEDAGOGICA DE LA CLASIFICACION CARACTEROLOGICA DE HEYMANS RETOCADA POR LE SENNE

Recientemente ha visto la luz en las *Actas del Congreso Internacional de Pedagogía*: Psicología del educando y Didáctica, nuestra comunicación presentada al mismo en su sección cuarta, por encargo del Comité técnico organizador de aquella Asamblea. Por haber transcurrido más de año y medio desde la composición y lectura de ese estudio sobre la «*Investigación del carácter del educando por la observación psicológica*» hasta la fecha de su publicación, y hallarse actualmente su tema en constante elaboración por parte de psicólogos y de pedagogos, juzgamos como de cierta obligación de probidad científica el manifestar a los interesados en estos problemas de trascendencia pedagógica teórico-práctica, qué nos aconseja pensar los últimos progresos en la ciencia del carácter, de lo que en nuestro estudio formulábamos (1).

Proponíamos en nuestro estudio la clasificación caracterológica ideada por los profesores de Groninga, Heymans y Wiersma, y recientemente retocada por el de la Sorbonne, Le Senne, como especialmente útil en la actualidad para orientar la investigación del carácter de cada alumno, tal como a la generalidad de los pedagogos les conviene practicarla. Nos interesa, por tanto, examinar concretamente qué han opinado últimamente los especialistas sobre la citada clasificación en orden a su aplicabilidad pedagógica, y de ser aprobatorios sus juicios, si han aparecido modificaciones que la perfeccionen considerablemente.

Como puntos de referencia representativos de las diversas opiniones nos valdrán dos estudios: *Boletín de Caracterología* y *Balace de Caracterología*, publicados, respectivamente, por las dos revistas francesas de gran reputación en materias filosófico-teológicas y ciencias afines, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* y *Revue Thomiste*, editadas por dos centros de estudios de la Orden de Predicadores.

D. H. Salman se expresa sobre el *Traité de Caractérologie*, al que hubimos de referirnos más de una vez en nuestra Comunicación, en los siguientes términos. Traducimos toda la recensión.

«Al redactar un *Tratado de Caracterología* para una colección bien conocida [la colección *Logos*, editada por las Presses Universitaires de

(1) El título del correspondiente volumen es éste: *Psicología del Educando, y Didáctica*. Actas IV: Congreso Internacional de Pedagogía (Santander-San Sebastián, 19-26 julio de 1949. Instituto «San José de Calasanz» (C. S. I. C.). Madrid, 1951. Véase páginas 265-291.

France, bajo la dirección de Lavelle y del propio autor del presente tratado], *Le Senne* disponía de 650 páginas que hubiesen hecho posible la obra de conjunto que tan cruelmente falta a la psicología de lengua francesa. De hecho no se encuentran en ellas más que una reedición de la clasificación tipológica de Heymans y Wiersma, atiborrada (*farcie*) de interminables descripciones «psicológicas» de los innumerables filósofos, reyes, generales, poetas y otras celebridades a los que se supone corresponden. Todo esto pertenece a la mejor tradición de moralizadores y novelistas: pero no añade nada a la clasificación inicial. Se preguntará por qué la tipología de la escuela de Groninga es aquí gratuitamente identificada con toda la caracteriología objetiva. Estos trabajos, meritorios hace cuarenta años, han sido sustituidos por centenares de encuestas más recientes y precisas, de las que no se encuentra rastro aquí. Las otras concepciones caracterológicas no son mejor tratadas. En una palabra, no hay en esta obra ni las precisiones metodológicas, ni la clasificación de los problemas y de los métodos, ni la documentación, ni la bibliografía que se tiene derecho a esperar de una *Introducción*, y a los cuales la excelente colección *Logos* nos tenía hasta ahora acostumbrados. Tampoco tiene índice» (2).

Con esas palabras textuales juzgaba D. H. Salman desde *Le Saulchoir* en enero de 1949 (3) esa obra, manjar, por lo demás, con sus 650 páginas cargadas de lectura, sólo para estómagos hechos a alimentos sólidos. Poco éxito podría augurar todo esto al libro.

Las cosas, sin embargo, han ido de otra manera: a poco de publicada la citada recensión, el *Traité de Caractéologie*, agotadas sus primeras ediciones, aparecía impreso por tercera vez. Llegaban así a quince mil los ejemplares presentados al público en menos de cuatro años (cuarto trimestre de 1945, primera edición; primer trimestre de 1949, tercera edición).

¿Tiene deficiencias? ¿Qué duda cabe! En nuestra comunicación aludíamos a algunas; si bien podemos prescindir de referirnos a ellas, ya que ni allí ni aquí nos incumbe hacer la apología absoluta de la obra, sino examinar objetivamente y dar a conocer el valor y utilidad que la clasificación caracterológica en que ella se funda y tal como en ella queda retocada, puede prestar al educador para investigar el carácter del educando en orden al perfeccionamiento de éste.

Eso quedó asentado en nuestra exposición. Y precisamente al examen del valor «objetivo» de esa clasificación y de sus relevantes méritos en

(2) *Revue des Sciences Phil. et Théol.* (París) 33 (I, 1949), pág. 49; todo el «Bulletin» comprende las págs. 34-52; la parte de «Obras de conjunto», a que luego aludiremos, las págs. 48-51.

El *Traité de Caractéologie* de R. Le Senne está editado por Presses Universitaires de France. París.

(3) Por haberse publicado el citado número de la Revista con retraso, el ejemplar de nuestra suscripción no nos llegó hasta después de presentado ya nuestro estudio al Congreso.

comparación con otras, puntos que Le Senne parece no preocuparse de justificar dándolos como evidentes, dedicamos la comparación hecha entre ella y las tipologías universalmente conocidas como de más valor.

¿Que una *Introducción*, en el estado actual de esta ciencia, requeriría para ser más perfecta, alguna modificación en el examen de los datos y en su interpretación estadística, información más completa sobre otros métodos y sobre más problemas relacionados con el estudio del carácter, más documentación, más copiosa bibliografía, en fin, un índice alfabético onomástico y otro de materias, pues el analítico y bien detallado si lo tiene? Todo esto será verdad, sin que implique, con todo, el que el Tratado de Le Senne no añada nada a la clasificación que toma de los autores holandeses, ni mucho menos que la clasificación que él adopta y perfecciona no sea de gran utilidad aplicada a la pedagogía. Respecto de las añadiduras hechas por Le Senne, baste citar su estimable iniciativa en lo referente a los factores suplementarios y a la dialéctica caracterológica, en la que le vimos coincidir totalmente con Murphy, siendo ambos tratadistas mutuamente independientes. Del valor real de sus conclusiones para el objeto al que las aplicamos, tenido en cuenta lo expuesto en nuestro trabajo, acaso puedan ilustrarnos algo varias indicaciones del «Boletín» en que nos estamos fijando.

En la sección de «Obras de Conjunto» (4), las que pueden hacer a nuestro caso, señala D. H. Salman cuatro. La *Psychologie des caractères* de G. Poyer, casi únicamente informativa, es extraordinariamente yeyuna, inútil para el fin pretendido de orientar prácticamente sobre la investigación del carácter del educando y, por lo que a la obra en sí misma se refiere, poco digna de formar parte del *Nouveau Traité de Psychologie* al que pertenece. Ya nos había desilusionado hacía tiempo.

Del *Traité du Caractère* de E. Mounier dice el crítico comparándolo con el de Le Senne: «Es de muy otra envergadura». De él nos darán idea dos puntos a las claras sobresalientes: Primero, la clasificación fundamental del carácter que Mounier sigue en su obra de 796 páginas es la de Heymans y Wiersma. En esto, como Le Senne. Segundo, en información, lecturas, descripciones y aun reflexiones sobre lo individual, lo social y lo nacional, mucho más copioso. «Nada de precisión en las concepciones generales —señala expresamente el crítico—, y aun se ignora qué entiende el autor por memoria, instinto, pasión, emoción, etc... Sus nociones científicas son vagas. Descuida sistemáticamente las conclusiones más seguras de los estudios experimentales y de su análisis factorial, etcétera...» «En la exposición se abusa demasiado frecuentemente de metáforas que engendran más calor que luz».

Esta obra ya se ve que no posee ni la síntesis, ni la precisión, ni la aplicabilidad de la de Le Senne. Mounier ha escogido, como éste, la clasificación de Heymans por estimarla la mejor de cuantas le ha brindado su copiosísima información, para trabajar sobre ella con su fina penetración

(4) *Ibidem*, pág. 48-51.

psicológica y con «su interés por la práctica» más que por la pura especulación. La diferencia está en que no supo extraer de ella lo que extrajo Le Senne, perfeccionándola con su ulterior elaboración personal.

La *Introducción à la caractérologie de W. Boven*, quien en su obra de hace unos años, *La science du caractère*, hace expresa profesión de materialismo, es una exposición en tres capítulos de las concepciones de tres caracterólogos bien conocidos ya, con una sección final sobre herencia del carácter, precedido todo de una introducción sobre el carácter en general. El crítico no tiene más que alabanzas para esta obra, por lo demás «modesta de forma». Consta de 148 páginas. Como se ve, cualquiera que sea su valor real, no ofrece la síntesis objetiva y práctica que presenta la obra de Le Senne.

La cuarta de las obras reseñadas es la ingente de Gardner Murphy, *Personality*, «un millar de grandes páginas», ya tenida en cuenta en nuestro estudio. «Obra llevada a cabo con medios de información mucho más potentes» que los de Mounier. «El A. conoce admirablemente los trabajos experimentales y las técnicas de laboratorio —continúa el crítico—. Sin embargo, se abstiene de utilizarlos o al menos no se sirve jamás de ellos explícitamente. Este volumen propone el problema de la *explicación* en caracterología... No se resuelve el problema, el gran mérito de un ensayo como éste es proponérselo».

Comporado el resultado de este «ensayo» con el teórico y práctico que ofrece la clasificación de Heymans retocada por Le Senne, admira una vez más el acierto sintético y práctico, aunque no sea todavía exhaustivo, logrado por éste en su obra.

Miremos ahora al segundo punto de referencia, el *Bilan de la caractérologie: acquisitions et problèmes*, arriba aludido (5). Su autor, P. Mesnard, asienta en él categóricamente, a base de un detallado examen teórico-práctico de la citada obra de Le Senne y de su comparación con otras recientes sobre el mismo asunto: «desde 1945, las ambiciones directrices de la caracteriología no han cesado de afirmarse... este movimiento vuelve a tomar sobre el plano de la ciencia moderna una corriente de pensamiento muy profunda en la antigüedad. [A ella pertenece] el admirable *Traité de Caractérologie* de René Le Senne, cuya publicación es probablemente el acontecimiento cultural más considerable desde el término del cataclismo mundial». Y expuesta a continuación la idea y valor fundamental de la obra, continúa: «Este mérito es tanto mayor cuanto que ninguna de las otras clasificaciones hechas a partir de datos fisiológicos o psicológicos ha podido demostrar su objetividad ni definir un abanico completo de tipos positivos que engloben a la totalidad de los seres humanos» (6).

(5) En «Revue Thomiste», 50 (1950, II), 382-395. El fascículo, que corresponde al segundo semestre de 1950, ha aparecido con retraso; el ejemplar de nuestra suscripción nos llegó en marzo de 1951.

(6) O. c., págs. 383 y 384.

El lector verá que estas palabras de Mesnard vienen a confirmar exactamente lo que en nuestro estudio habíamos obtenido al comparar la clasificación de Heymans, que *Le Senne* perfecciona considerablemente por su cuenta con nuevos matices dentro de cada tipo fundamental, con las existentes de más valor caracterológico.

El crítico continúa: «*Le Senne*, y esto es precisamente lo que exaspera a sus adversarios, se ha acreditado a la primera como el Cuvier de la caracterología. El éxito inaudito de su hermoso tratado, que a pesar de sus 700 páginas [exactamente son XII-656] densas y compactas, no ha contado menos de tres ediciones en cinco años [en tres y medio], basta para demostrar que la opinión científica ha zanjado ya la cuestión (7).

Buenas obras de esta misma orientación, como el *Traité pratique d'analyse du caractère*, de Gaston Berger, de la Universidad de Aix, y *L'étude des caractères*, de Roberto Mistriau, de la Facultad de S. Luis de Bruselas (8), con sus respectivos cuestionarios para la exploración del carácter; más complicada la de Mistriau, asequible y precisa la de Berger, con el nuevo mérito de haber perfeccionado notablemente la caracterización del tipo «amorfo» de Heymans, tienen sobre todo el de hacer avanzar a la ciencia del carácter hacia el ideal de unir la observación con la utilización facilitada de los tests. Ambas obras toman por clasificación caracterológica fundamental la de Heymans. La ulterior comparación con obras de uso actual, como la de R. G. Bernreuter, *Manual for the personality inventory*, en EE. UU., favorece resueltamente a la clasificación a que nos venimos refiriendo.

Pasando de los libros y opiniones ajenas a nuestro examen personal durante este tiempo, también podemos ofrecer, a base de él, resultados que ilustren los precedentes.

Hemos escuchado opiniones menos favorables y alguna positivamente desfavorable a la clasificación de la escuela holandesa, hoy ya con vida segura y próspera a través de los Mounier, *Le Senne*, Berger, etc. Las exponían entendidos o estudiosos de la psicología particularmente aficionados a la tipología morfológica de Kretschmer, y que de la clasificación que desestimaban no poseían más que un conocimiento superficial. Su modo fundamental de razonar viene a reducirse a éste: clasificación tipológica que no se base en raíz tan primordial de la individualidad como lo somático con su anatomía y su fisiología, no puede ser de valor; la de Heymans no atiende ni a lo morfológico ni a lo humoral-endocrinológico, y la de *Le Senne* —pudiéramos añadir— tiene frases hasta despectivas para lo fisiológico; luego tales clasificaciones no tienen valor.

La solución a esta objeción la habrá visto el lector en nuestra *Comunicación* al Congreso. Sin embargo, por su actualidad y por su im-

(7) *Ibid.*, 384.

(8) Editados respectivamente por Presses Universitaires de France, París, 1950, y Casterman Journal-Paris, 2.^a edic., 1950. El primero pertenece a la colección *Caractères*.

portancia respecto de la clasificación contra la que la dificultad va dirigida, merece desarrollarse aquí.

La objeción tiene un fundamento real y sólido, la importancia de lo somático en la constitución del temperamento y carácter; y de ahí concluye por vía deductiva a priori contra la clasificación de la escuela holandesa: en ésta no se tiene en cuenta el factor somático, luego no es buena la clasificación. Es el escollo en que puede tropezar ese noble género de argumentación, en sí más científica que la construida a posteriori. La importancia indudable del factor orgánico en el carácter no demuestra que una clasificación en la que éste no sea tenido en cuenta explícitamente, carezca de valor teórico y de utilidad práctica. No será perfecta, sin duda; pero no basta eso para declararla inútil. La conclusión a priori, fundada, pero no infalible, «no puede ser», ha de ceder ante el hecho demostrado por el examen y la aplicación de que la clasificación «es».

Esta, en efecto, reúne las condiciones siguientes: nos presenta tipos «de carne y hueso», como solemos decir, claramente comprobables y «verificables» en los individuos con quienes tratamos en nuestra vida real y cotidiana; abarca e incluye en sí lo mejor y más definitivamente adquirido por las demás clasificaciones tipológicas desde la de Hipócrates hasta las de Kretschmer, McDougall o Sheldon; presenta un número de tipos fundamentales suficientemente reducido y al mismo tiempo elástico para que pueda conformarse con las variedades de individuos humanos, de tan diversos matices aun dentro de un mismo patrón común; en fin los rasgos decisivos que caracterizan a cada tipo son pocos, fácilmente perceptibles y profundamente reveladores de su idiosincrasia psíquica, con la consiguiente utilidad teórica y práctica en orden a su diagnóstico, pronóstico y, en caso de defecto, terapéutica y psicagogia en el siempre posible de ulterior perfeccionabilidad psicológica. Una tipología así aunque no atienda a lo morfológico, es de gran valor. Así es la de Heymans, Wiersma, Le Senne y sus seguidores.

¿Que en ella se ha descuidado el atender a lo corpóreo? Esto más bien demuestra que si de lo morfológico se puede subir a lo tipológico y caracterológico, éste no es el único acceso para llegar ahí, pues por otros lo han conseguido con facilidad y seguridad los seguidores de la orientación citada. Lo cual no quiere decir en modo alguno que lo corpóreo no tenga importancia capital en la ciencia del temperamento y del carácter; sólo manifiesta, y con los hechos demuestra, que siendo lo somático primordial como constitutivo ontológico de temperamento y carácter, no es indispensable como requisito lógico para obtener un conocimiento de los mismos fácil, seguro y útil teórica y prácticamente. Y esto, aunque no de modo definitivo ni insuperable, sino aun bien perfeccionable, como repetidas veces hemos indicado, lo ha logrado una clasificación tipológica así formada, tan bien y mejor que cualquiera otra.

Es evidente, por lo demás, que siendo tan importante el factor orgá-

nico en la cuestión de las diferencias psíquicas individuales, un estudio adecuado de éstas no puede prescindir de considerar aquél; por eso, si la clasificación a cuyos méritos aludimos aspira a ser científica en el cabal sentido de la palabra, tendrá que completarse fijando las correlaciones humoral-morfológicas y psíquicas de sus tipos y de los rasgos fundamentales de los mismos. Así lo dejamos expresamente afirmado en nuestro trabajo al comparar esta clasificación con la Krestchmer. Por la misma razón, si alguna afirmación de Le Senne, por ejemplo, rechazase la consideración de lo fisiológico como totalmente inútil o ajena a la tipología psíquica, debería ser enmendada por motivos tanto de psicología experimental como de psicología racional. Pero ese posible error de conceptos, de hecho hasta ahora no ha impedido que la clasificación adoptada sea de valor verdadero y no pequeño; para el futuro, a tiempo se está de evitar las deficiencias en este aspecto.

Tanto más que lo que sorprende es el acierto clasificador de Heymans, pues la manifiesta analogía existente entre los pocos tipos bien definidos a base somática, sean los de Mac Auliffe, Sigaud, Kretschmer, Sheldon, Pende, etc., y varios de los de Heymans, hace ver el profundo acierto tipológico con que han sido elegidos y lo certero del criterio que dirigió su elección, ya que no atendiendo éste a los indicios somato-psíquicos, sino a los psíquicos únicamente, obtuvo un resultado para ambos puntos de vista singularmente satisfactorio.

Nuevos estudios sobre la morfo-psicología del individuo, con datos y orientaciones que después de convenientemente acrisolados puedan incorporarse a una síntesis tipológica completa, siguen apareciendo en obras como la *Caractérologie des enfants et des adolescents a l'usage des parents et des éducateurs* de André Le Gall (9), en la que vienen a encontrarse los últimos frutos de los esfuerzos de la escuela morfológica francesa representada actualmente, entre otros, por Corman, Baud, Fouché. Esto, sin embargo, aún requiere largo trabajo de elaboración, y lo necesitará mayor aún de depuración ideológica por la tendencia de algunos morfólogos a no ver en el hombre más que cuerpo y no reconocer otra realidad psíquica que el sistema nervioso y sus funciones; gravísimo error éste del que, aun desde el punto de vista puramente científico, no será fácil disculparles, sobre todo desde que en nuestros días morfólogo tan eminente como Pende ha construido desde su mismo laboratorio fisiológico *La scienza moderna della persona umana* (10) con visión sintética recta y completa.

Otros puntos quedan igualmente por discriminarse y perfilarse en la citada clasificación tal como nos la presentan los autores que ya conocemos: los mismos conceptos fundamentales de temperamento, natural, carácter, personalidad, a cuyo esclarecimiento y precisión acaso ofrezca-

(9) Presses Universitaires de France. París, 1950.

(10) Garzanti, edit. Milán. 2.ª edic., 1949.

mos en otra ocasión nuestra modesta aportación; el grado de estabilidad del mismo núcleo caracterológico, teóricamente tan inmutado para Le Senne, y, en cambio, excesivamente modificable para Berger; el concepto preciso y la interpretación en cada caso concreto de rasgos distintivos suplementarios como la «amplitud o estrechez de conciencia», o tal vez mejor «de espíritu», que evite el confundir la primera con la atención superficialmente abierta a cuanto llegue al sujeto, y la habitual y tenaz concentración mental con la segunda.

Mucho terreno queda patente a la investigación.

Sea nuestra última advertencia personal, fruto de la experiencia.

Un psiquiatra director de una clínica mental, que desestimaba el *Traité de Characterologie* de Le Senne, tuvo casualmente a su lado en repetidas ocasiones a uno de nuestros colaboradores, ocupado bajo su dirección en examinar, a base de tests de inteligencia y carácter, a considerable número de alumnos de diversas procedencias. Tenía puesta gran confianza, por entonces, el psiquiatra en el test de Szondi. El aludido examinador lo aplicaba, un tanto ilusionado también, aunque sus reiteradas decepciones que lealmente nos declaró, vinieron a aproximarle a nuestra opinión, arriba tocada en nuestro trabajo. El psiquiatra, a su vez, al asistir en repetidas ocasiones a los exámenes caracterológicos practicados por el entonces auxiliar suyo y reparar en los resultados de ciertas interrogaciones que éste dirigía por propia iniciativa al examinando para sondear más profundamente su psiquismo, le manifestó llana y resueltamente la admiración que le causaba lo certero de tales preguntas y lo revelador de las respuestas por ellas provocadas.

«Esas preguntas —me explicó mi colaborador al hablar de eso— eran unas tomadas de la obra de Le Senne, otras inspiradas por lo leído en la misma», la que el psiquiatra había rechazado de plano.

¿Será necesario añadir que iban dirigidas precisamente a obtener cuanto es posible en la rapidez de un examen, los datos que en nuestra exposición indicábamos que han de irse recogiendo mediante la observación de lo que da la conducta del educando bajo la acción normal de las circunstancias del educador, a lo largo de los meses y de los años? Hacerlo así es procurar suplir lo menos mal que se puede, la falta del primero de los métodos de exploración para el diagnóstico psicológico: la observación de la conducta espontánea del sujeto.

Respecto de ese procedimiento que considerábamos como primordial en nuestro trabajo, Mesnard, de acuerdo con Le Gall, se expresa así en su *Balance*: «Una vigilancia y una observación («control») caracterológica continuada durante años —esta debería ser la regla durante todo el curso de la enseñanza primaria y media— permitiría establecer con precisión la fórmula (caracterológica) del interesado». ¿Tests caracterológicos, además? Procedimientos como el test de Rorschach «difícil de interpretar cuando es el único instrumento de análisis empleado, ofrece,

al contrario, una excelente *confirmación* [subraya él mismo] o *rectificación* del «diagnóstico caracterológico» (11).

Tales apreciaciones del competente P. Mesnard a fines de 1950 vemos que vienen a confirmar sobre nuevos datos y reflexiones la conclusión que presentábamos en julio de 1949 al Congreso Internacional de Pedagogía, respecto del valor de la observación psicológica a base de la clasificación de Heymans, Wiersma y Le Senne, para conocer y consiguientemente perfeccionar el carácter del educando. Si, además, esfuerzos como los de Berger y Mistriaux prosperan, el pedagogo tendrá facilitada la aplicación de lo más práctico de los tests para útil complemento de lo adquirido por la observación.

1 de abril de 1951.

JESÚS MUÑOZ, S. J.

Universidad Pontificia de Comillas

(11) Revue Thomiste, l. c., pág. 391.